

EMMANUEL MBOLELA

Refugiado

Una odisea africana

Traducción del francés de
Diego Luis Sanromán

ÍNDICE

PRÓLOGO A LA EDICIÓN ESPAÑOLA

Querían impedir que hablara,
pero no sabían que yo era un mensajero, 11

Prólogo a la edición francesa, 17

PREFACIO

Una historia entre otras, 25

EN EL PAÍS

Del Kongo a la República Democrática del Congo, 29

EN EL CAMINO

El tiempo del exilio, 55

EN MARRUECOS

«O asumimos nuestra responsabilidad
o nos consumimos», 95

EN EUROPA

«Dondequiera que estés, defiende nuestra causa», 161

EPÍLOGO

El Baobab, un refugio para las mujeres migrantes, 189

Lista de siglas y acrónimos, 195

Cronología, 199

Agradecimientos, 207

Dedico este libro...

... a mis compañeros de lucha de Mbujji Mayi, caídos bajo las balas de la policía cuando marchaban por la noble causa de los derechos humanos, la democracia y la libertad;

... a las compañeras y los compañeros de ruta con los que estuvimos en Marruecos;

... a mi hermano Mutombo Mukadi, cuya muerte súbita conocí mientras me encontraba bloqueado en Marruecos; no he podido rendirle el último homenaje que le debía.

PRÓLOGO A LA EDICIÓN ESPAÑOLA

Querían impedir que hablara,
pero no sabían que yo
era un mensajero

LA CÁRCEL ES UNA de las armas utilizadas por los dictadores africanos para silenciar a quienes se oponen a su forma turbia de dirigir el país. Yo no fui la excepción a esta regla en mi país, la llamada República Democrática del Congo. Por haber organizado y participado en una manifestación pacífica fui encarcelado y sufrí severas torturas físicas y psicológicas. Obligado a abandonar mi tierra, todavía padecería más violencia en mi camino al exilio: fui víctima de extorsión por parte de agentes aduaneros y de pasadotes que buscaban hacer negocio, viví una emboscada en el desierto del Sáhara, trabajé en negro en Tamanrasset para financiar el resto de mi viaje y finalmente caí en la ratonera marroquí, donde me quedé atrapado durante cuatro años hasta que por fin llegué en 2008 a los Países Bajos, donde continuaría escribiendo este libro que se ha convertido para mí en un instrumento de lucha que me permite darle voz a los que no la tienen.

De hecho, mi libro se publicó por primera vez en alemán en junio de 2014 y en enero de 2017 en francés, y luego en italiano en 2018. En la primavera de 2020 apareció la edición inglesa en Nueva York, Estados Unidos. Desde entonces, me subo y me bajo de aviones, trenes, autobuses, coches y bicicletas para ir al encuentro

de la Europa profunda. Ya he dado más de cuatrocientas conferencias en institutos y universidades, bibliotecas y librerías, instituciones y organizaciones, teatros y agrupaciones por los pueblos, campos, granjas y ciudades de diferentes países europeos (Alemania, Austria, Bélgica, España, Francia, Italia, Luxemburgo, Países Bajos, Portugal, Suiza). Estas conferencias me han permitido por un lado hablar de mi trayectoria, de las causas profundas que me obligaron y que obligan a cientos de miles de personas como yo a emprender esta odisea, hablar de mi compromiso en la lucha por defender la causa de los migrantes. Por otro lado, reunirme con gente de todas las categorías socio-profesionales me ha ayudado sobre todo a escuchar para entender qué sabía la Europa profunda de nuestros motivos y qué idea tenía de las migraciones africanas. He conocido a personas que no se mantuvieron ajenas a la causa que defiendo. Esta causa, que es en primer lugar la mía, es también la de miles de personas que, como yo, se han visto obligadas a abandonar sus países por distintas razones que los lectores descubrirán gracias a este libro. Entre aquellos que han escuchado mis conferencias o que han leído mi libro, hay muchos que se han comprometido a hacer suya esta lucha, que es la lucha contra la guerra a los migrantes. Recuerdo una pancarta que vi en el auditorio de la Universidad de Viena en la que los estudiantes habían escrito: «They are here because we were there».¹

Somos seres humanos a los que se les niega la humanidad. Nuestro único delito es haber emprendido el camino a Europa. Los migrantes que consiguen escapar de la muerte en el desierto quedan varados en los países del norte de África, como Marruecos y Libia, donde sufren un trato cruel y degradante. Mientras que los que logran cruzar el Mediterráneo y llegan a territorio europeo son acogidos en centros de detención donde son víctimas de actos de

1 Ellos están aquí porque nosotros estuvimos allí. (N. de la t.)

violencia física y psicológica indescriptibles antes de ser deportados a sus países de origen.

Me alegro de que mi libro se publique en lengua española, lo que me permitirá conocer al público de España, un país que comparte la frontera marítima con África y cuya población convive cotidianamente con los padecimientos de personas en busca de libertad llamados migrantes.

Mientras doy los toques finales a la versión en español de este libro, Europa se enfrenta a una guerra que acaba de estallar en Ucrania. Este país ha sido invadido por Rusia, que pretende protegerse de la amenaza que pudiera provenir de su país vecino, que a su vez estaría siendo utilizado por los países miembros de la OTAN. Asistimos, por tanto, a una guerra entre las grandes potencias que se desarrolla en el suelo de un pequeño país. Mientras tanto, las principales potencias que Rusia sospecha que se esconden detrás de Ucrania para amenazar su seguridad vacilan en apoyar a Ucrania para hacer frente a esta invasión. Los países occidentales muestran prudencia para evitar la escalada y la generalización del conflicto que probablemente podría conducir a la Tercera Guerra Mundial, pero esta reserva no impide que las bombas de Putin destruyan la vida de ciudadanos de a pie y obliguen a otros a emprender el camino del exilio. Ya en estas tres semanas desde que estallaron las hostilidades ha habido cientos de muertos y más de tres millones de refugiados según el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados.

Estas personas huyen de las bombas y del armamento pesado de Putin. Si las bombas matan y destruyen las vidas humanas sin discriminación de raza o condición social, la Unión Europea en cambio sí discrimina cuando se trata de acoger y salvar la vida de aquellos que han podido escapar, no sin sacrificio, del armamento pesado de Putin. En este momento, el discurso dominante de los líderes europeos se caracteriza por los refugiados ucranianos, a quienes hay que otorgar protección incondicional, y las «demás

personas» que vivían en Ucrania temporalmente, como los estudiantes extranjeros. Es como si las «demás personas» que huyen de los mismos efectos de la guerra que los ucranianos no tuvieran derecho a la vida. Asistimos a un discurso de este tipo en un momento en que las imágenes de discriminación emitidas por las cadenas de televisión son espantosas: a los africanos, en su mayoría estudiantes, se les impide subir al tren para huir de Ucrania, pero en una situación como esta solo la solidaridad entre los pueblos puede constituir una fortaleza. Como descubriremos en este libro, la guerra de la que hoy es víctima el pueblo ucraniano es la misma a la que se enfrenta mi país, la República Democrática del Congo, desde hace más de veinte años. La historia de quienes huyen de los conflictos armados sigue siendo la misma. Es el caso de Angèle, una joven de veintiún años que estudiaba Dirección y Administración de Empresas en la Universidad de Járkov en Ucrania. Yo acogí a esta joven que huyó sin saber adónde ir.

Angèle me cuenta:

Una noche, nos despertó el sonido de unas botas. Entonces sonó mi teléfono. Era una compañera de clase. Me dijo: «Estamos en guerra, Járkov va a ser bombardeada. Coged lo imprescindible, sobre todo no olvidéis vuestros documentos de identidad, y venid a la estación, tenemos que llegar lo más rápido posible al centro de la ciudad para dirigirnos a Kiev». Mi compañera de piso y yo no sabíamos qué llevarnos. Corrimos a coger nuestros documentos de identidad y algo de ropa y lo metimos todo en una maleta. Salimos tan rápido de la casa que olvidé mi portátil, que ya tenía preparado y que estaba justo encima de la mesa. En la calle vimos que había mucha gente: en coche y a pie. Todos buscaban a toda costa salir de allí para salvar la vida. Mi compañera de piso y yo nos dirigimos a un cajero automático para sacar dinero con la idea de comprar algo de comida para el camino. Pero en el cajero la cola era interminable. No había tiempo que perder. Seguimos avanzando hacia la estación. Teníamos que comprar el billete de tren en la máquina expendedora, pero ahí también la cola era interminable. El tren estaba a punto de salir. Corrimos hacia él, le pedimos a un señor que nos dejara subirnos y tomamos la dirección del centro porque vivíamos en Járkov en un

distrito un poco alejado de la ciudad. En el tren íbamos como sardinas en lata. Una vez llegamos a la ciudad, tuvimos que cambiar de tren para tomar el que pasa por Kiev en dirección a Lviv.

Cuando llegamos a Lviv tomamos un taxi para ir hasta la frontera, pero nos dejó a mitad de camino porque había un atasco enorme en la carretera (estaba llena de coches que iban a la frontera). Nos bajamos del taxi y recorrimos a pie una distancia de unos cincuenta kilómetros.

En la frontera tenían que ponernos un sello de salida en el pasaporte. Había una fila de miles de personas. Se daba prioridad a las ancianas y a las madres con niños. La cola era larguísima. En un momento hubo una pelea entre los ucranianos y los negros porque algunos ucranianos les pidieron a todos los extranjeros (negros) que salieran de la cola y formaran otra. Algunos negros se negaron. Nosotras formamos otra cola. Nos quedamos allí todo el día, nadie se ocupaba de nosotras, cuando intentábamos avanzar, los ucranianos venían y se colaban. Los policías, que ponían orden, no nos querían dejar pasar para que nos pusieran el sello. Por la tarde estaba muy cansada, porque llevaba de pie desde por la mañana, tenía frío. En un momento dado me sentí mareada, luego perdí el conocimiento y me caí. Cuando me desperté estaba en un gran cobertizo donde se almacenaban alimentos, rodeada de técnicos de primeros auxilios. Hacían gestos y me pedían que siguiera el movimiento de los dedos para comprobar mis reflejos. No veía a mi compañera de piso. Después de unos treinta minutos, salí y vi a un montón de gente. No entendía nada. Comencé a preguntarle cosas a la gente, qué es lo que pasa, qué hace usted aquí. La gente me miraba atónita y yo no entendía su expresión. Al cabo de un rato mi compañera de piso me vio y vino, me abrazó y me dijo: «Angèle, estamos aquí, en Lviv, para que nos pongan el sello de salida para entrar a Polonia». Tenía hambre y sed pero sobre todo frío, porque había nevado y la temperatura era de 14 grados bajo cero. No querían que pasáramos a la sala donde sellaban el pasaporte. Solo les ponían el sello a las ancianas y a las madres con niños.

Después de un rato, mi amiga tiró de mí y me dijo que saliera de la fila y la siguiera. Yo le dije que si nos íbamos de allí, tendríamos que volver a empezar de cero. Pero ella insistió y nos fuimos. Mi amiga había tenido una idea para que nos pusieran el sello de salida en el pasaporte: disfrazarnos de mujeres embarazadas. Nos cambiamos de ropa, volvimos al final de la cola y le dijimos a los policías que estábamos a punto de salir de cuentas y que no podíamos quedarnos en Ucrania para unirmos a la lucha. Uno de los policías

nos miró y abrió paso para que pudiéramos entrar en la sala, y así fue como conseguimos el sello de salida, abandonamos Ucrania y entramos en Polonia.

En el lado de Polonia solo había un pasillo y estábamos todos apretados en la cola. Se produjo una estampida y vi que una anciana se caía y moría en el acto. También vi a gente gravemente herida, chorreando sangre por todas partes. Volví a sentir que me mareaba. Ya no podía más. Mi amiga me abrazó y me dijo: «Angèle, agárrate bien, sé fuerte para que nos den el visado de entrada. De lo contrario, será el final». Llegó nuestro turno, nos pusieron el sello de entrada en el pasaporte y el señor nos dijo: «Buen viaje». Al salir había autobuses para ir a Alemania, pero aún había un grupo de polacos que no quería que hubiera negros presentes. Fuimos víctimas de actos y comentarios racistas.

La historia de Angèle no es diferente de la mía ni de la de aquellos que conocí durante mi viaje. Soy una de esas personas que van camino de Europa. Como a tantos otros migrantes, los bandidos me robaron en el desierto, tuve que trabajar en negro en Tamanrasset, esconderme durante meses en Argel y luego cruzar de manera clandestina la frontera entre Argelia y Marruecos, donde me quedé atrapado durante cuatro largos años. Mis compañeros y yo luchamos por nuestros derechos. Escribí este libro para contar nuestra historia. Estoy orgulloso de que este libro se haya traducido y se publique en español, pues esto me permitirá organizar encuentros en España y ampliar mi campo de sensibilización a favor de la lucha por la supervivencia que llevan a cabo otros migrantes que, como yo, no quieren dejarse vencer por la indignidad. No nos cruzamos de brazos. Luchamos con la esperanza de recuperar algún día nuestra dignidad.

PRÓLOGO A LA EDICIÓN FRANCESA

Dordrecht, Países Bajos. Es el 27 de mayo de 2016 y estoy viendo el telediario con mis amigos. Lo que tenemos ante los ojos es horrible. Estamos mudos. Cuerpos sin vida de migrantes en la costa mediterránea. El locutor habla de una embarcación que ha naufragado con setecientos migrantes ilegales a bordo. Estos seres humanos no tienen país ni nombre.¹ A todos y a todas se les llama «ilegales». Su vida no tiene ningún valor y su muerte ya no provoca ninguna emoción. Se exhiben sus restos sin ningún atisbo de respeto. ¿Será para disuadir a los demás?

Europa se parapeta. Las fronteras están cerradas herméticamente. Se construyen muros de este a oeste, de norte a sur. Para reforzar aún más este dispositivo, en noviembre de 2014 Europa puso en marcha el «proceso de Jartum» en Roma, o lo que es lo mismo, una serie de acuerdos con Somalia, Sudán, Afganistán, Eritrea y Etiopía «a fin de reforzar sus capacidades en materia de

1 Una deshumanización de las personas migrantes, hasta en la muerte, que recuerda la suerte de las víctimas del tráfico negrero: «El esclavo [...] era un desplazado, un desarraigado, estaba lejos de sus vínculos familiares, había sido arrancado de su ambiente originario» (Catherine Coquery-Vidrovitch, *Petite histoire de l'Afrique*, París: La Découverte/Poche, 2011). (Nota del editor, como la mayoría de las siguientes; solo las notas del autor, pues, aparecerán marcadas con la abreviación «N. del a.»)

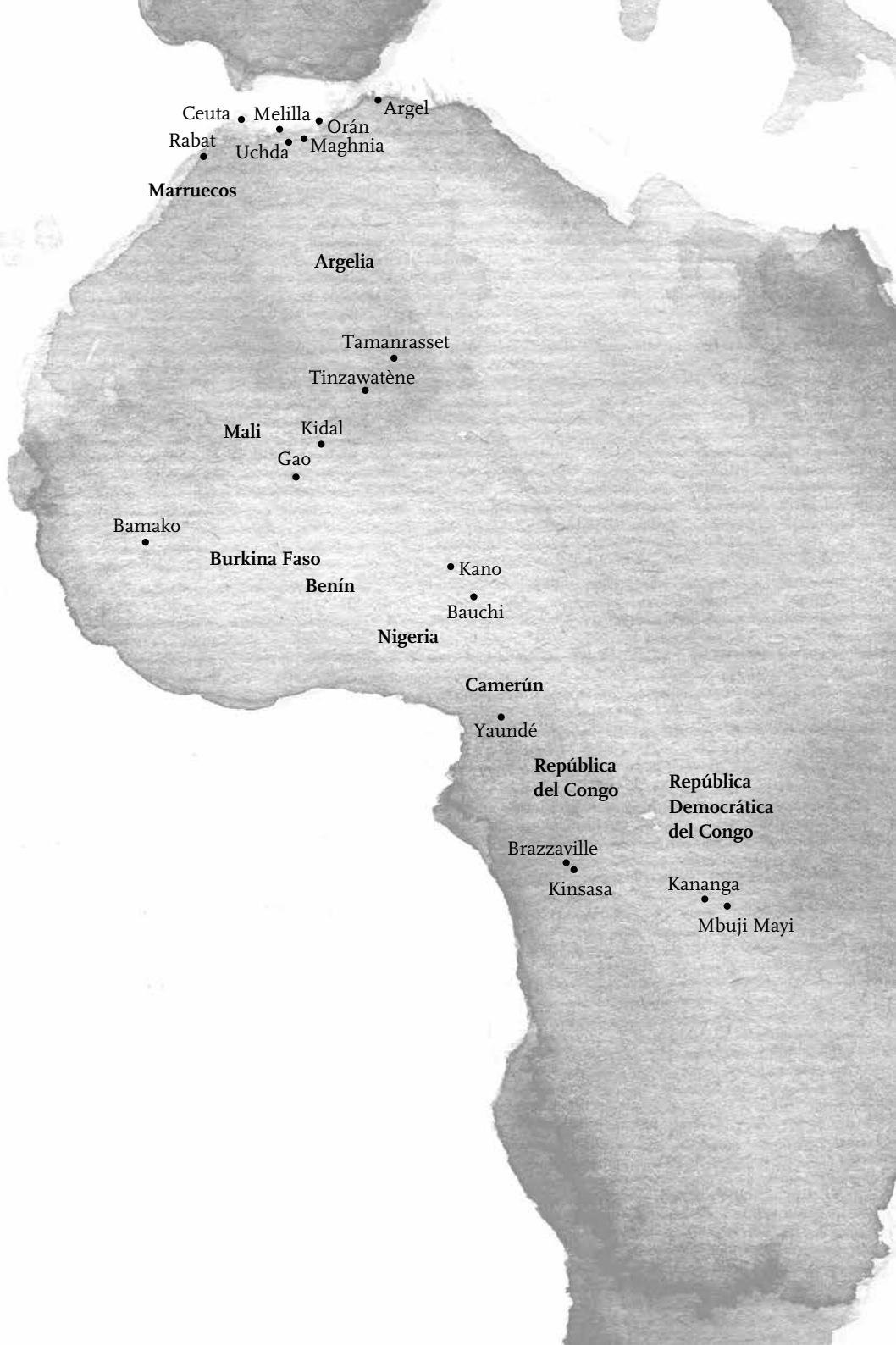
gestión de la migración». Dicho de otro modo, «la Unión Europea pretende favorecer el control de las víctimas por parte de quienes las persiguen».² Las vías legales de la inmigración cada vez se estrechan más. Hasta la reagrupación familiar se ha vuelto prácticamente imposible. Por eso las mujeres y los niños arriesgan sus vidas a bordo de las pateras: si alguien se pregunta cómo es posible, es porque olvida los obstáculos que los Estados europeos les ponen en el camino. Frontex,³ las policías fronterizas y las burocracias nacionales demuestran una eficacia temible en la disuasión de los candidatos a la inmigración.

Durante mi último viaje a Marruecos en junio de 2016, mi amigo Bela me contó la tragedia de Hola,⁴ a quien el Alto Comisariado para los Refugiados de las Naciones Unidas (ACNUR) había concedido el estatuto de refugiada y a quien yo había conocido cuando me encontraba allí. En 2009, durante una manifestación por los derechos de los migrantes, la policía marroquí la golpeó hasta el punto de hacerle perder el conocimiento —todavía tengo la foto donde se la ve en una camilla, dentro de una ambulancia—. Su marido, por cierto, era refugiado político en Francia. Él había iniciado los trámites legales y gastado mucho dinero para traérsela a Francia, a ella y a sus hijos. Pero sus esfuerzos habían sido en vano

2 Olivier Favier, « *Murs et barbelés. Les envoyer en détention ou les livrer à une dictature : voilà comment l'Europe "délocalise" ses réfugiés* », *Basta !* (www.bastamag.net). El 18 de marzo de 2016 Bruselas también firmó un acuerdo de «relocalización» de los refugiados con Turquía, que a cambio de su cooperación recibirá seis mil millones de euros de aquí a 2018.

3 Frontex es una agencia creada por la Unión Europea para proteger sus fronteras exteriores, es decir, esencialmente, para impedir el paso de migrantes. Ver Frontexit: www.frontexit.org.

4 He cambiado los nombres porque no tengo autorización para divulgarlos. (N. del a.)



Ceuta • Melilla • Rabat • Uchda • Orán • Maghnia • Argel

Marruecos

Argelia

Tamanrasset
Tinzawatène

Mali • Kidal
Gao

Bamako

Burkina Faso

Benín

• Kano
• Bauchi

Nigeria

Camerún

• Yaundé

República del Congo

Brazzaville
• Kinsasa

República Democrática del Congo

Kananga
• Mbuji Mayi

PREFACIO

Una historia entre otras

V ENGO DE LA REPÚBLICA Democrática del Congo (RDC), un país martirizado por la dictadura y su rosario de calamidades: la violación sistemática de los derechos humanos, la injusticia social, el abandono escolar, la miseria, el hambre, el paro, y todo esto agravado por una guerra atroz que todavía persiste y que le ha costado la vida a millones de compatriotas. Atrapado a mi pesar en la vorágine, no podía callarme: me habría sentido culpable. Por eso, durante mis años de estudio en la universidad de Mbuji Mayi¹ me impliqué en la lucha política y no violenta por el advenimiento de una sociedad que erigiría la justicia, la democracia y la libertad en valores cardinales. Algunos años más tarde, esta lucha me conduciría por la vía del exilio.

Obligado a huir de mi país, lo abandoné sin saber adónde iba. Cuestión de vida o muerte. Por el camino, varias veces he estado muy cerca de perder la vida que pretendía salvar. Gracias a Dios, sigo vivo. Salí de Mbuji Mayi, mi ciudad natal, en junio de 2002, para trasladarme a la capital, Kinsasa. Después pasé por el Congo-

1 Mbuji Mayi (o Mbujimayi) es la capital de la provincia de Kasai Oriental, situada en el sur y a medio camino entre el este y el oeste de la RDC.

Brazzaville, Camerún, Nigeria, Benín, Burkina Faso, Mali, Argelia y Marruecos, para finalmente llegar a Holanda en abril de 2008.

Este libro tiene la ambición de compartir dicha experiencia, si es que eso es posible. Una experiencia de seis años: dos años en ruta a través de África y el resto bloqueado en Marruecos por el dispositivo de seguridad concebido y establecido por los países del Acuerdo de Schengen,² localidad donde supuestamente reinan el orden, el derecho y la paz, y donde precisamente quería solicitar asilo. Atrapado de tal suerte en Marruecos, sin derecho al trabajo ni acceso posible a los bienes materiales que me rodeaban, con la impresión de vivir «encerrado en una botella», terminé por retomar la lucha creando con mis compatriotas una organización para la reivindicación de nuestros derechos y nuestras libertades: la Arcom, la Asociación Congoleña de Refugiados y Solicitantes de Asilo de Marruecos. Fue la primera asociación creada en ese país por personas que son ellas mismas exiliadas. Seis años después de mi partida de Marruecos, el Alto Comisariado de las Naciones Unidas para los Refugiados finalmente me ha ofrecido la posibilidad de solicitar asilo político en Holanda.

Por el camino no solo viví una historia, sino que también escuché y conocí muchas otras. Son esas historias las que quiero contar aquí: las historias de los tiempos del exilio. Me gustaría pensar que el relato de este largo y penoso recorrido puede ayudar a aquellas y aquellos que puedan verse obligados a su vez a seguir el mismo camino, tal como hice yo, dejando atrás a mis seres más queridos, a los cuales, en algunos casos, ya no volveré a ver. Este texto quiere ser un grito en apoyo de esas mujeres, esos hombres y sobre todo

2 Schengen es el nombre de la localidad luxemburguesa donde se firmó en 1995 la convención epónima que ponía fin a los controles aduaneros dentro del espacio Schengen (hoy, veintiséis países europeos) al tiempo que instauraba una vigilancia común reforzada de las fronteras exteriores de Europa.

EN EL PAÍS

Del Kongo a la República Democrática del Congo

NACÍ EN 1973 EN un país grande y hermoso situado en el corazón de África, un país que entonces se llamaba Zaire, conforme a la voluntad del tirano de la época, el siniestro Mobutu.¹ Al final de su reinado, la República Democrática del Congo recuperó el nombre de su independencia, conquistada el 30 de junio de 1960 gracias a la lucha emprendida bajo la dirección de Patrice Émery Lumumba. Este país es inmenso: se extiende a lo largo de dos millones trescientos cincuenta mil kilómetros cuadrados, es decir, alrededor de cuatro veces la superficie de Francia, lo que lo convierte en el segundo país más grande de África, después de Argelia. La RDC comparte algo más de nueve mil kilómetros de frontera con nueve vecinos: en el norte, la República Centrafricana y Sudán; en el este, Uganda, Ruanda, Burundi y Tanzania; en el sur, Zambia y Angola; y en el oeste, el enclave de Cabinda (que forma parte de Angola) y la República del Congo. Este último país fue colonizado por los franceses y a menudo se distingue un Congo del otro agregándole el nombre de su capital: Brazzaville para la República

1 Que se mantuvo en el poder de 1965 a 1997.

del Congo, Kinsasa para la República Democrática del Congo. La diferencia entre los dos países y el trazado de sus fronteras se debe a la nacionalidad de los colonizadores: francesa, en Brazzaville, y belga, en Kinsasa. Como muchas otras en África, las fronteras de la RDC datan de 1885 y de la famosa conferencia de Berlín, durante la cual las potencias coloniales se repartieron el continente. Hoy en día, cuando me presento como congoleño en Europa, siempre me espero la misma pregunta: «¿Del Congo belga?», como si nuestra historia hubiese comenzado con la llegada de los belgas al Congo. Los primeros blancos que entraron en contacto con mi país no eran sin embargo belgas, sino portugueses, y tampoco ellos llegaron a una tierra virgen de habitantes y de historia. Para desmentir los tópicos sobre la superioridad de Europa y de la civilización que habría traído consigo a África, añadiré que los blancos ni siquiera inventaron nuestro nombre: antes de su llegada a mi país, el Kongo ya existía. Se escribía con k porque el alfabeto de las lenguas congoleñas desconoce la c. Este país era una especie de imperio constituido por reinos como Kuba, Luba, Lunda, etc. Los portugueses desembarcaron en el reino del Kongo. El rey se llamaba Nzinga Nguvu y su capital, Mbanza Kongo (que significa «la residencia del Kongo»). El reino contaba con seis provincias principales: Mpemba, Soyo, Mbamba, Nsundi, Mpangu y Mbata. Por supuesto, no había palacio ni castillo real, como en Europa, pero sí existía una sociedad refinada, con sus costumbres y su organización administrativa.

En 1482, el navegante portugués Diégo Caô fue enviado por el rey de Portugal Joao II en busca del reino del preste Juan.² Mientras navegaba en pleno océano Atlántico, fue a dar con unas aguas

2 El preste Juan es un soberano mitológico cuya leyenda se perfila en la Europa de la Edad Media. Sacerdote y rey cristiano, habría dominado un reino paradisíaco situado en algún lugar de Oriente, que en el siglo xv se creía ubicado en Etiopía. Fue buscando un paso para llegar hasta él como Diégo Caô «descubrió» la desembocadura del río Congo.

cuyas tonalidades amarillentas y pardas las distinguían claramente de las del resto del océano. Remontándolas, llegó hasta la desembocadura del río. Estoy convencido de que ese reino del preste Juan que buscaba Diégo, ese edén por el que corrían la leche y la miel,³ no era otro que mi país, el Congo. Diégo no lo entendió, y sin embargo la historia mundial acabaría por demostrarlo. En efecto, cada vez que Occidente necesitaba un producto estratégico, lo encontraba aquí: así ocurrió con el marfil, que, antes de la invención del plástico, servía para fabricar tantos objetos de uso corriente; con el caucho, tan precioso para la industria del automóvil; con el uranio empleado en las bombas atómicas lanzadas sobre Hiroshima y Nagasaki; y, por fin, con el coltán, mineral del que se extraen los metales raros indispensables para la fabricación de los teléfonos móviles y los ordenadores portátiles de los que nuestros contemporáneos no pueden prescindir.⁴

Constituida en un 60 % por jóvenes de menos de veinte años, en 2015 su población se estimaba en setenta y un millones de habitantes, que, además del francés,⁵ la lengua oficial, se comunican en tres lenguas principales: el lingala, hablado en Kinsasa y en torno al Ecuador,⁶ que es también la lengua del ejército; el chiluba, hablado en las provincias del Kasai Oriental y el Kasai Occidental; el suajili, hablado en las provincias de Katanga y de Kivu y en la

3 La Biblia (Mateo 3, 4) dice a propósito de Juan que se alimentaba de miel (N. del a.)

4 David Van Reybrouck, *Congo. Une histoire*, Arlés: Actes Sud, 2012.

5 La administración colonial la impuso como lengua oficial y sigue siéndolo, a pesar de que no la habla más que la minoría de la población que ha asistido a la escuela.

6 Cuando menciona las provincias, el autor se refiere a las provincias de antes de 2015.

provincia Oriental. Aparte de estas cuatro lenguas, en el Congo se utilizan más de cuatrocientos dialectos. Al haber nacido en Mbuji Mayi, en el Kasai Oriental, mi lengua materna es el chiluba. Mi padre hablaba también suajili y francés porque había tenido la oportunidad de estudiar en Kolwezi, en la provincia de Katanga, donde más tarde trabajó algunos años, antes de ser expulsado junto con otros residentes de Kasai durante la depuración étnica provocada por los excolonizadores en los primeros años (1960-1962) de la independencia. Mi madre nunca había ido a la escuela y no hablaba más que chiluba. Adoro esta lengua, en la que cada noche ella nos contaba cuentos de nuestra tierra antes de meternos en la cama.

Mi padre era católico y también yo fui bautizado en la iglesia católica, pero más tarde empecé a frecuentar la iglesia del Despertar⁷ de nuestro barrio. El cristianismo domina en nuestro país, aunque el islam, antaño presente sobre todo en las regiones del este, está en plena expansión. A estas dos religiones venidas del exterior hay que añadir el kimbanguismo: sus fieles creen en el profeta Simon Kimbangu,⁸ que habría sido enviado por Dios para llamar al pueblo a emanciparse de la dominación colonial.

A la medida de su inmensidad, la RDC dispone de enormes riquezas mineras, lo que le ha valido ser calificada de «escándalo

7 Las llamadas iglesias «del Despertar» son iglesias cristianas evangélicas e instituciones de enseñanza procedentes del pentecostalismo, con mucha presencia en Sudamérica (sobre todo, en Brasil) y en el África subsahariana.

8 Su mensaje fue bien acogido por la población, que empezaba a poner en duda la autoridad de los colonizadores. Fue detenido y encarcelado en Katanga, a más de dos mil kilómetros de su región de origen; murió en 1951. El poder colonial persiguió a sus adeptos, que fueron deportados, dispersados y asesinados. No obstante, en lugar de poner fin al movimiento, la represión favoreció la expansión de su iglesia, cuyos adeptos siguen enseñando clandestinamente el mensaje del profeta Kimbangu. (N. del a.)

geológico».⁹ Por otro lado, la selva, que se extiende a lo largo de algo más de ciento treinta y cinco millones de hectáreas, representa más del 6 % del conjunto de las selvas mundiales y el 47 % de la selva africana. En cuanto a la flora, ofrece tal diversidad que hace del país el primero de África en número de especies vegetales. El país posee igualmente enormes potencialidades en materia de agricultura y ganadería. Cuenta con más de siete millones de hectáreas de tierra arable muy fértil, donde se puede cultivar durante todo el año, además de vastos pastizales y abundantes reservas de agua. Como es evidente, el río Congo y su cuenca fluvial, que cuenta con una treintena de grandes afluentes, no pueden dejarse al margen en este recuento de los recursos de la RDC.

Pero ¿de verdad son riquezas? Para los occidentales, sin duda. No es casualidad que Leopoldo II, el rey de los belgas, encomendara al aventurero Stanley la tarea de cartografiar el país, del que aún quedaban vastas zonas desconocidas para los blancos. Stanley partió de Zanzíbar, llegó hasta el río y lo recorrió hasta su desembocadura, haciendo que los indígenas cargasen con las embarcaciones en los tramos en los que el Congo no era navegable. A continuación Leopoldo envió a algunos misioneros, que establecieron puestos tierra adentro, siempre siguiendo el curso del río. Y así fue como pudo hacer valer sus «derechos» sobre el país frente a las demás potencias coloniales, que hasta ese momento apenas habían mostrado

9 En efecto, la RDC tiene oro, diamantes, cobre, cobalto, cinc, plata, cadmio, germanio, carbón, manganeso, casiterita, estaño, berilio, wolframita, monacita, uranio, tungsteno (wolframita), níquel, esquistos bituminosos, bauxita, plomo, esmeraldas, hematita, malaquita, fosfato, hulla y gas metano. El más codiciado de estos minerales es en la actualidad el coltán, de donde se extrae el tantalio, indispensable para la fabricación de componentes electrónicos utilizados, entre otras cosas, en los teléfonos móviles. También se explota el petróleo en la cuenca costera de Moanda, donde hay instalada una refinería, y en la depresión central del Ituri (noreste del país).

interés en él, y como se hizo con este inmenso dominio en principio bautizado Estado Independiente del Congo: ¡un supuesto «Estado independiente» que era su posesión personal! En él Leopoldo instauró un sistema de un salvajismo inaudito con el fin de explotar primero el marfil y después, y sobre todo, el caucho. Los horrores a los que fue sometida la población son difícilmente imaginables, hasta el punto de que algunos no han dudado en convertirlos en una prefiguración de la violencia nazi. Adam Hochschild, un periodista norteamericano, autor de un libro sobre este período,¹⁰ afirma que las cifras oscilarían entre los cinco y los ocho millones de muertos. Hubo que esperar hasta 1908 para que el Parlamento belga, tras una larga campaña internacional de denuncia de los crímenes cometidos bajo la férula real, se decidiera a anexionar el supuesto «Estado independiente» y lo convirtiera en una colonia belga. A partir de entonces, los congoleños se hallaron bajo un régimen colonial «normal».¹¹ No obstante, el sistema de explotación no desapareció, pues, con el descubrimiento de yacimientos mineros en Katanga, en el sur del país, los belgas recurrieron de nuevo al tra-

10 Adam Hochschild, *El fantasma del rey Leopoldo*, Barcelona: Malpaso, 2017. Traducción de José Luis Gil Aristu.

11 Si bien es cierto que la «ferocidad blanca» (Rosa Amelia Plumelle-Urbe, *La Férocité blanche*, París: Albin Michel, 2001) alcanzó cotas sin precedentes en el Congo de Leopoldo, hay que ser conscientes de que los regímenes coloniales «normales» no se comportaron mucho mejor. Sin ir más lejos, en el vecino Congo Brazzaville, colonizado por los franceses, se cometieron suficientes atrocidades como para que se hiciera necesario disimularlas hasta fechas muy recientes. El famoso «informe Brazza», elaborado entre 1905 y 1907 a instancias del ministerio francés de las Colonias, contenía tantos horrores que no se publicó hasta... ¡2014! Ver Misión Pierre Savorgnan de Brazza y Comisión Lanessan, *Le Rapport Brazza. Mission d'enquête du Congo : rapport et documents (1905-1907)*, Neuvy-en-Champagne : Le Passager clandestin, 2014.